

XXXIII.

El traje de estos héroes cristianos  
Era de gente extraña: en su viveza  
Dirias eran Galos y Germanos.  
Sobre sus frentes brilla la braveza,  
Acompañada de aires cortesanos,  
Un genio aventurero, una franqueza  
Y un honor cual Aquiles ignorára  
Y mas héroes que Homero celebrára.

XXXIV.

Allí el campo en tumulto aparecía  
A vista de una jóven seductora (4)  
Que el amparo á unos príncipes pedía.  
Allá se ve á esta misma encantadora  
Que encima de las nubes suspendía  
A los primeros rayos de la aurora  
Un héroe (5) de sus gracias amoroso,  
Y le lleva á un jardin voluptuoso.

XXXV.

Mas lejos se divisan congregadas  
Todas las potestades del infierno  
En las salas del tártaro abrasadas.  
Al prolongado son del raudó cuerno  
Se ven correr las sombras azoradas;  
Los negros calabozos del averno  
Se conmueven, y el ruido va aumentando  
De caverna en caverna retumbando.

XXXVI.

¡Con qué atencion Cimódoce repara  
Una muger guerrera (6) falleciendo!  
El héroe que su pecho traspasára,  
En lágrimas deshecho, va corriendo  
A traer en su casco una honda clara  
Para darla el bautismo. Al fin batiendo  
La sagrada ciudad de toda parte,  
Se ondea de la cruz el estandarte.

XXXVII.

Entre tantos prodigios no omitiera  
De diseñar tambien el sacro artista  
El Vate que dirá en futura era  
Con dulce metro tan feliz conquista.  
En el medio de un campo se le viera,  
Lleno de fé y amor, tender la vista,  
Y no obstante el bullicio y golpe rudo  
Sus versos escribir sobre un escudo.

XXXVIII.

En tanto el tiempo que huye de contino,  
La víspera del dia luctuoso  
En que Cristo murió en la cruz previno.  
En su noche en Salen el fiel y iadoso  
De la sagrada Via anda el camino.  
Cimódoce, dejando su reposo,  
Marcha al templo á la luz de las estrellas,  
Un coro dirigiendo de doncellas.

XXXIX.

La noche estaba en medio de su curso,  
Lleno el templo de fieles se veía,  
Y el silencio mayor guarda el concurso,  
El candelabro séptuplo lucía  
Delante del altar. En el discurso  
Del misterio el ministro santo había  
Una hostia en la mañana reservado  
Y puesto sobre el túmulo sagrado.

XL.

Elena se coloca humildemente  
En medio de la turba: ella se quita  
La diadema; ceñirla no consiente  
Donde sufrió el Señor pena inaudita.  
A la hija de Homero, inteligente  
En la arte de los cantos, luego invita  
A entonar las sagradas elegias  
Que dejó á los cristianos Jeremías.

XLI.

La jóven se adelanta al pié del ara,  
Vestida de una túnica elegante  
Que con cinta de seda el talle atára  
A una vírgen hebrea semejante.  
Sus brazos y su cuello engalanára  
Con franjas y collares. Al instante,  
Llena del estro que animó aquel santo,  
Su lamento hace oír con triste canto.

Lamentacion 1.<sup>a</sup>

¿Cómo se sienta la ciudad poblada  
En triste soledad? ¿Cómo en escoria  
Su oro se ha mudado;  
Y del templo sagrado  
La piedra por do quiera dispersada  
Anuncia el triste fin de antigua gloria?  
La dueña de las gentes yace viuda  
Y sujeta al tributo;  
La Vírgen lleva luto;  
El sacerdote llora;  
¿Y tú sola en silencio sigues muda,  
Solima pecadora!

Lamentacion 2.<sup>a</sup>

Linaje de Judá, tratado has sido  
Como vaso de argilla mal formado.  
Tú viste en un momento  
Derrocado el cimiento  
De tus torres, Sion, y muro erguido  
Dó habias tu esperanza colocado;  
Y sus tiendas plantára tu enemigo  
En la misma colina  
Dó predijo tu ruina  
Aquel Profeta santo.  
Vuelve á Dios, ó Salen, busca su abrigo  
Con saludable llanto.

XLII.

Con triste voz y tono lastimero  
Que el Hebreo á los fieles enseñára,  
De este modo cantó la hija de Homero.  
A veces su son lúgubre mezclára,  
La tuba de metal. Cuando el lucero  
Matutino las sombras clareára,  
La pompa se dispuso religiosa  
A recorrer la *Via dolorosa*.

XLIII.

El leño de la cruz, á hombros llevado  
De cuatro Obispos mártires, rompía  
La procesion: en dos alas formado  
Un clero numeroso les seguía,  
En silencio, con paso mesurado.  
Luego el coro de Vírgenes venía,  
Las Viudas, Catecúmenos pacientes,  
Contritos y devotos Penitentes.

XLIV.

La cabeza desnuda, el venerable  
Prelado de Solima terminaba  
La pompa funeral. Elena amable  
Detras dél con Cimódoce marchaba.  
Una turba despues innumerable  
De ciegos, cojos, mudos, caminaba,  
Su esperanza y alivio colocando  
En el signo de vida venerando.

XLV.

En tal órden la pompa se encamina  
Por la puerta Belen, hácia el oriente,  
Bajando á la probática Piscina,  
Y del pozo Nefi sube á la fuente  
De Siloe: desde ella se examina  
El valle Josafat, do á la potente  
Voz del ángel los vivos y los muertos  
Saldrán á una eternal vida despiertos.

XLVI.

Al pié del monte Moria luego vienen,  
Y el torrente Cedron atravesando,  
En el huerto Olivete se detienen,  
Donde orára el Señor sangre sudando  
Cuando el cáliz gustó que le previenen.  
Un Sacerdote al pueblo iba explicando  
Las palabras, acciones ó el prodigio  
De que cada estacion lleva el vestigio.

XLVII.

La puerta de las Palmas es abierta:  
La pompa entra por ella, y se encamina  
Por medio la ciudad casi desierta  
Al Pretorio que estaba todo en ruina.  
Apenas el Ministro hablar acierta:  
"Ved donde coronó á Jesus la espina;  
"Aquí fué por Pilatos presentado  
"A la plebe y á muerte condenado."

XLVIII.

El pueblo á estas palabras prorumpiera  
En llantos y sollozos. Caminando  
Al Calvario, el Ministro prosiguiera:  
"Aquí moraba el rico; allí marchando  
"Debajo de la cruz Jesus cayera;  
"Mas lejos, las mugeres encontrando:  
"No lloreis sobre mí, triste las dijo,  
"Por vosotras llorad y vuestro hijo."

XLIX.

Llegados al Calvario, en su alta cumbre  
El signo se enarbala del consuelo:  
En el instante el sol pierde su lumbre,  
Tiembla la tierra, se desgarran el velo  
Del nuevo templo: así su pesadumbre  
Nuevamente atestiguan tierra y cielo.  
En torno de la cruz os reunisteis,  
Potencias que de un Dios la pasión visteis.

L.

También bajó María envuelta en pena,  
Con san Juan que por hijo la fué dado;  
La triste y penitente Magdalena;  
San Pedro que lamenta su pecado;  
El ángel que ofreció la copa llena  
A Jesus, y el espíritu encargado  
De la muerte, mostrando aun el espanto  
Del golpe que osó dar al Verbo santo.

LI.

¡Cuán diferente fué el glorioso día  
Que á este día siguió de llanto y duelo!  
Accensa en nuevo fuego una bujía,  
Corrido á las imágenes el velo,  
Resuena el templo en cantos de alegría.  
"¡O hijas de Sion! el Rey del cielo  
"Resucitó: *alehuya*. Ved á Cristo;  
"Feliz el que creyó sin haber visto."

LII.

Su fervor y su gozo el pueblo exhala  
Repitiendo este himno alborozado.  
Mas nada el regocijo santo iguala  
Del electo que hoy día es bautizado.  
Vestido de una túnica de gala,  
Con guirnaldas de flores coronado,  
Recibe en su cabeza la onda pura  
Que da al alma su pristina hermosura.

LIII.

Con una santa envidia contemplaba  
De estos fieles Cimódoce el contento;  
Mas la hija de Homero no se hallaba  
Profunda en la doctrina y documento.  
Del bautismo no obstante ya avistaba  
El venturoso día: este momento  
Le retarda una extrema y fuerte prueba,  
Que á su esposo en el culto unirla deba.

LIV.

En tanto que en seguro se creía  
Al abrigo de Elena, el enviado  
De Diocles hácia Cumas dirigia.  
Con él viene un satélite encargado  
De obtener favorable profecía,  
Y á Siria encaminarse de contado  
A reclamar en nombre del tirano  
Como esclava la esposa de un cristiano.

LV.

Antes que ellos el gefe del infierno  
De Roma á Cumas rápido trasciende  
A inspirar la Sibila: el lago Averno (7)  
Y la cima que al Cócito descende,  
Al paso observa con placer interno.  
De la negra mansion por aquí asciende  
El demonio á esparcir errores vanos  
Con que engaña y seduce á los humanos.

LVI.

Sin embargo estos Genios criminales  
A su pesar revelan su tormento,  
Sembrando en el camino por señales  
El inicuo y feroz Remordimiento,  
La Discordia con crines infernales,  
Sueños vanos, Espanto truculento  
La Tristeza, el Pesar, Muerte espantable  
Y el funesto Placer de alma culpable.

LVII.

El Eterno que ve á Satán erguido  
A la cueva de Cumas ir volando,  
Se opone á que su plan sea cumplido.  
En sus altos designios tolerando  
Que el fiel sea en la tierra perseguido,  
No quiere que el espíritu nefando  
Se atribuya la gloria, y con su acento  
Va á hacerle confesar su vencimiento.

LVIII.

El ángel que su órden recibiera,  
Al punto descendió sobre el collado  
En donde consagró su ala de cera  
Al Genio de la luz el Griego osado (8)  
Después de remontarse á la alta esfera,  
El Arúspice á Cumas enviado  
Ofrecia á este instante el sacrificio  
Para hacerse el oráculo propicio.

LIX.

Cuatro toros primero se inmolára  
En el honor de Hécatc: en seguida  
Negra oveja á la Noche se prepara  
Madre de las Euménides temida.  
El fuego es encendido sobre el ara  
De Pluton, y entre sangre se apellida  
Al Cáos, Parcas, Furias, Flegetonte,  
Y toda otra Deidad del Aqueronte.

LX.

Entonces en la trípode aparece  
La Profetisa, y de ella se apodera  
Satanas: su estatura se engrandecé;  
Se erizan sus cabellos; se le altera  
El semblante, y su cuerpo se estremece.  
El Augur á esta vista considera  
El momento oportuno, y su embajada  
Se atreve á proponer con xoz turbada.

LXI.

“Potente Apolo, Dios de Esminta y Delo,  
“Vos que sabeis el mas oculto arcano,  
“Y á veces al mortal correis su velo,  
“Descubridnos la suerte del cristiano.  
“¿El pio Emperador debe en su zelo  
“Hacer exterminar un pueblo insano  
“Que al delito mayor la impiedad junta?  
“Dignaos responder á su pregunta.”

LXII.

Tres veces con impulso violento  
La Sibila se alzó; fuerza invisible  
Tres veces la hizo dar sobre su asiento.  
Las cien puertas del templo con horrible  
Fracaso son abiertas. ¡O portento!  
La Sibila está muda; hecho visible  
El ángel de la voz la priva el uso,  
Y solamente forma un son confuso.

LXIII.

La boca abierta, vista estraviada,  
Esparcido el cabello, con la mano  
Señala la vision de que es turbada.  
Al fin con un esfuerzo sobrehumano,  
Del infernal espíritu agitada,  
Quiere ordenar la muerte del cristiano,  
Y solo esta voz lánguida despide:  
*El justo de la tierra hablar me impide.*

LXIV.

Satán con este oráculo humillado  
Se retira del templo mentiroso,  
De dolor y vergüenza penetrado.  
Un caballero Númida brioso  
De llevar la respuesta es encargado.  
Augusto la recibe: presuroso  
Convocando el consejo, le consulta  
El sentido recóndito que oculta.

LXV.

“Divino Augusto! Hiérocles esclama,  
“Ese *justo* no es otro que el cristiano,  
“Que el celestial oráculo le llama  
“Con el nombre que él mismo se da vano.  
“No dudeis, su impiedad al cielo clama;  
“Y en tanto que respire ese profano  
“Vereis á nuestros Dioses silenciosos:  
“¡Tanto á la tierra y cielo son odiosos!”

LXVI.

Turbado el viejo Augusto interiormente  
 Por el dragon antiguo, se alucina  
 Con esta esplicacion y ya en su mente  
 La muerte de los fieles determina.  
 El rumor se difunde de repente  
 Que el palacio arde en llamas: con maligna  
 Intencion este incendio preparára  
 Galerio, y á los fieles lo imputára.

LXVII.

“¿Es tiempo, gritó este, que perplejo  
 “Sigais aun, cuando quieren con la llama  
 “Destruirnos á todo?” El consejo,  
 Iluso ó seducido, á una voz clama  
 Por la muerte del fiel: el mismo viejo  
 Diocleciano, ignorante de la trama,  
 Poseido de espanto, manda luego  
 Se proclame el edicto á sangre y fuego.



NOTAS.

Octava IV.

Al promontorio Sunio, y ya de lejos

(1) Hoy *cabo Columna*, forma la estremidad S. E. del Atica; Minerva tenia allí un hermoso templo, del cual se conservan todavía diez y nueve bellas columnas. Platon se entretuvo muchas veces con sus discípulos en el cabo Sunio.

Octava V.

Luego las islas Cícladas dejando

(2) Los antiguos dieron el nombre de Cícladas á un grupo considerable de islas del Archipiélago dispuestas en círculo; *cyclos* en griego significa círculo. Las principales eran Najos, Añoros, Delos, Paros, Ceos, Melos y Estipalea.

Himno.

Ab! qué amorosa canta Filomela,

(3) El ruiseñor. La fábula finge que Filomela, hija de Pandion, rey de Atenas, fué transformado en ruiseñor; de aqui tomó esta ave el nombre de Filomela.